

El tesoro para comprar la vida eterna¹

1. No sé si habrán tenido recientemente la experiencia de observar la caída de los granos en un reloj de arena. Ese flujo lento pero constante de un recipiente de cristal a otro, nos muestra, tal vez de una manera más expresiva que otras, un hecho contundente: *el inexorable paso del tiempo*. Lo mismo que no podemos detener el movimiento de uno solo de esos granos de arena en su gradual caída, tampoco podemos detener el reloj de nuestra vida ni una fracción de segundo.

Cada uno tenemos, vistas las cosas a la luz de la fe, un puñado de años de vida. Un tiempo determinado por Dios para alcanzar la meta de la santidad, para llegar al Cielo. El Señor, en su sabia Providencia, ha dispuesto darnos la vida y ponerle un límite solo por Él conocido. No podemos detener el reloj de nuestra existencia, no podemos rebasar ese límite. Un día nos vamos a morir y, tras la muerte, nos presentaremos delante de Dios para ser juzgados sobre el modo en que hayamos aprovechado nuestra única existencia. Porque, vale la pena recordarlo, la reencarnación no es cristiana. Es una creencia oriental ajena a la tradición bíblica.

2. Tenemos en nuestras manos el tiempo hoy, pero no sabemos qué será de nosotros el día de mañana. Insisto, no podemos detener el tiempo de nuestra vida, como se detiene arbitrariamente el reloj en algunos encuentros deportivos. Tampoco podemos ampliarlo a nuestro antojo. El tiempo de vida es el que el Señor ha dispuesto concedernos y solo de Él depende su duración.

Lo que sí podemos hacer, y conviene que lo consideremos con atención, es aprovecharlo cada vez mejor. Lo que está en nuestras manos es emplear con agudeza nuestro entendimiento para jerarquizar adecuadamente las cosas que tenemos entre manos, establecer bien nuestras prioridades y darle a cada una de ellas su debido su tiempo. Pocas cosas pueden ser más sabias en este mundo. La Escritura nos recuerda que *hay un tiempo para cada cosa y todo lo que hacemos bajo el sol tiene su tiempo. Hay un tiempo para nacer y otro para morir; uno para plantar y otro para arrancar lo plantado...*² El sabio cristiano, con la ayuda del Espíritu Santo, debe elevar su mirada y ver las cosas con una correcta perspectiva.

3. Es la enseñanza que nos da el Señor con la parábola que acabamos de escuchar³. Una historia sencilla tomada de las costumbres de su época. Las bodas se celebraban entonces durante varios días. Para realzar el momento culminante, el encuentro entre los novios, se fomentaba algo de incertidumbre. Al no saber el momento de la llegada, la expectación subía de intensidad y se hacía más emocionante la celebración. En el momento indicado, no antes ni después, la novia acudía en busca de su amado acompañada de sus mejores amigas, también jóvenes, quienes debían llevar, como parte de la etiqueta vigente, una lámpara bien encendida.

¹ Homilía domingo XXXII de tiempo ordinario, ciclo A.

² *Coelet (Eclesiastés)*, 3, 1-2.

³ *Mateo* 25, 1-13.

Con estos elementos la lección es transparente. De aquellas muchachas, unas son previsoras y otras descuidadas (otra traducción habla de prudentes y necias). Unas, diríamos nosotros ahora, aprovechan bien el tiempo y otras lo pierden lamentablemente. Y cuando llega el esposo, cuando llega Cristo y hay que salir a su encuentro, unas tienen la lámpara encendida y otras no, y se quedan fuera del banquete para siempre. Concluye el Señor: *Estén, pues, preparados, porque no saben ni el día ni la hora*⁴

Comentando este texto decía san Josemaría: *No supieron o no quisieron prepararse con la solicitud debida, y se olvidaron de tomar la razonable precaución de adquirir a su hora el aceite. Les faltó generosidad para cumplir acabadamente lo poco que tenían encomendado. Quedaban en efecto muchas horas, pero las desaprovecharon*⁵.

4. Podemos preguntarnos esta tarde: ¿y nosotros?, ¿cómo estamos aprovechando el tiempo?, ¿tenemos bien definidas nuestras prioridades?, ¿es Dios nuestro Señor lo primero en nuestras vidas?, ¿encontramos un buen momento para tratarlo personalmente, para cumplir, sin prisas, nuestras prácticas de piedad? O, por el contrario, ¿las arrinconamos tristemente al último lugar de la jornada, de la semana, del mes?

Es bien conocido el bello cuento de Tagore, poeta y literato de la India, premio Nobel de comienzos del siglo pasado. Un mendigo caminaba por el sendero en busca de gente a quien pedir limosna. De repente apareció a lo lejos un carruaje de ensueño. Era llevado por seis hermosos alazanes. Para su sorpresa se detiene justo frente a él. Se abre la puerta y baja un gran señor que le extiende la mano y le pregunta: *¿qué me quieres dar?* El indigente, desconcertado, se pone a temblar y lleno de miedo mete la mano en su bolsillo, saca un grano de trigo y lo pone en la mano de aquel gran señor. El Rey sonríe y guarda cuidadosamente el obsequio en un cofre, sube a su carroza y se va.

Por la noche, cuando el mendigo llega a su choza, hace un pequeño fuego para calentarse y, poco a poco, comienza a sacar de entre sus harapos lo conseguido ese día, los granos de trigo recolectados en la jornada. Y, de repente, una gran sorpresa. A la luz del fuego hay un grano que brilla especialmente: ¡un grano de oro! Al verlo se estremece, recuerda el encuentro con aquel misterioso señor y cae en la cuenta de lo que pudo haber ocurrido si hubiese sido más generoso, si hubiese dado al Rey, no un miserable grano, sino todo lo que tenía. Y se echa a llorar desconsolado.

5. Podríamos suponer que cada día, el Señor, nuestro Gran Rey, nos tiende la mano y nos pregunta: *¿qué me quieres dar?* Tenemos la opción de darle un grano de trigo o darle todo lo nuestro. Quiera Dios que sepamos tener la sabiduría y la generosidad de emplear bien nuestro tiempo.

6. Con la ayuda de nuestra Señora, ese tiempo bien aprovechado será el oro bueno, el gran tesoro para comprar la eterna felicidad.

⁴ Mateo 25, 13.

⁵ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, n. 41.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 12 de noviembre de 2017